

Argentina en su laberinto. La hora de la política

Cristián Fuentes Vera

La Argentina sufre la peor crisis de su historia. ¿Pero cuántas veces se ha dicho lo mismo? Nuestro vecino ha vivido una crisis permanente que algunos sitúan en el primer golpe militar de 1930, otros en el nacimiento del peronismo, en 1945, otros en el llamado "Proceso de Reorganización Nacional", iniciado en 1976 y, por último, los de mirada más cortoplacista, la ubican en 1995, cuando la reelección de Carlos Menem impulsó el aumento desmedido del gasto público. En verdad, la catástrofe tiene raíces muy profundas y es fundamentalmente de naturaleza política. Tiene que ver con un Estado que no funciona y su necesaria refundación, con una clase política que ya no representa a nadie y cómo reemplazarla, con un modelo económico fracasado y las alternativas posibles. La tarea es gigantesca y no se ve una salida cercana. Este ensayo pretende formular algunas preguntas e intentar respuestas posibles que nos orienten en la tarea no siempre fácil de entender lo que pasa al otro lado de la cordillera.

LA NATURALEZA DEL PROBLEMA

La complejidad de la crisis que vive Argentina ha estimulado la búsqueda de explicaciones sobre su origen y sobre el desarrollo que pueda tener en el futuro. La mayoría de los analistas se ha centrado en la economía,

mencionando a la política sólo como una especie de telón de fondo sociológico que influiría en el fracaso del modelo aplicado hasta la devaluación del peso, o como un factor determinante en la solución o agravamiento de la crisis¹.

Según esta perspectiva, el comienzo del desastre estaría en el aumento descon-

¹ Arriagada, Genaro. "El trasfondo político de la crisis argentina", en *Asuntos Públicos*, (31/7/2001).

trolado del gasto público que impulsó el presidente Carlos Menem, con el fin de asegurar su reelección en 1995. Esta conducta habría alterado los equilibrios fundamentales que sostenían la convertibilidad desde 1991, ya que se requería disciplina fiscal para mantener el esquema de conversión monetaria que establecía el respaldo uno a uno del circulante, con los dólares de reserva del Banco Central².

De esta manera, la tradición argentina, basada en el reparto de prebendas y beneficios a los allegados al poder, habría concluido con la hiperinflación del gobierno del presidente Raúl Alfonsín, al no contar el Estado con la abundancia de épocas anteriores que permitía cubrir el déficit público.

Ante la nueva realidad mundial, Domingo Cavallo fue capaz de aplicar un férreo marco monetario para disciplinar la máquina de hacer billetes y privatizó las empresas estatales, logrando terminar con el fenómeno inflacionario, estimular el crecimiento y situando a Argentina como segunda economía sudamericana con más rápido aumento del PGB en la década de los noventa, con un 4.7%³. Pero los políticos recuperaron la iniciativa cuando se trataba de ganar elecciones, volviendo a sus viejas prácticas, las que terminaron por destruir el modelo.

Éste es, más o menos, el argumento central de aquellos que examinan la situación desde el punto de vista económico. Aparte de lo justo del argumento, analizado en su mérito, y del sesgo lógico de

los estudios realizados por economistas, hay otros que utilizan *in extremis* este tipo de razonamiento, pues obedecen a un enfoque neoliberal donde el mercado prevalece sobre la política, la cultura y la sociedad.

La magnitud de las dificultades por las que atraviesa Argentina supera ampliamente el ámbito económico.

Ahora bien, cualquier acercamiento desprejuiciado a la realidad argentina nos indica que la magnitud de las dificultades por las que atraviesa el vecino país supera ampliamente el ámbito económico, por lo que para entender su naturaleza se requiere un esquema mucho más amplio.

Precisamente, en estas pocas líneas intentaremos plantear algunas respuestas posibles, sólo de manera tentativa, puesto que no pretendemos realizar un estudio acabado sino identificar y problematizar las variables más importantes que conforman la actual coyuntura.

Para comenzar, una afirmación tajante: la situación actual tiene sus raíces mucho antes de 1991 y sus causas son políticas. Nos atrevemos a plantear como hipótesis que las dificultades de la Argentina provienen de un Estado que siempre fue débil, pero que en las últimas décadas ha agonizado hasta desaparecer por completo.

Sólo quedan las instituciones como una cáscara vacía y los últimos acontecimientos han demostrado que las incapaci-

² Arriagada, Genaro. *ob. cit.*

³ Arriagada, Genaro. *ob. cit.*

dades tienen larga data, puesto que nadie ha podido reemplazar con éxito el modelo de desarrollo impuesto en 1945 por el general Juan Domingo Perón, independientemente de la opinión que se tenga de él o de la evaluación de su desempeño.

Esta debilidad se hizo manifiesta cuando a mediados de los setenta se intentó llevar a la práctica una estrategia distinta, sin un consenso social profundo y con los mismos vicios públicos de siempre.

La vuelta a la democracia, en 1983, significó el repudio de la sociedad al horror de la guerra sucia, aunque nuevamente el fracaso, esta vez económico, coronó el esfuerzo de un gobierno civil.

Es cierto que los tiempos habían cambiado y que el partido justicialista ya no era el mismo. El gobernador de la provincia de La Rioja, lejana y pobre, subía al poder prometiendo primero la revolución productiva y el salarizado, para luego unirse a la Bunge y Born, y a la “patria financiera”. Había que insertar al país en la globalización. Vinieron las privatizaciones y el dólar como respaldo a un peso que se creía moneda dura. Al final, unos pocos se enriquecieron con la subasta de los bienes del Estado, aumentó la deuda externa hasta niveles insostenibles y la política continuó igual que siempre.

Lo que sucedió después es historia conocida. La clase media, empobrecida y maltratada por muchos años, reaccionó golpeando las cacerolas y los más pobres comenzaron a saquear supermercados. Cayeron varios presidentes y la divisa norteamericana trepó hasta las nubes.

Hoy, entre el Fondo Monetario Internacional y el corralito, la Argentina trata de encontrar nuevamente el rumbo.

Argentina trata de encontrar nuevamente el rumbo entre el FMI y el “corralito”.

Sin embargo, la falta de alternativas viables agudiza el drama, por lo que cabe aquí aplicar la definición clásica de crisis, que la sitúa en un momento en que lo viejo se resiste a morir y lo nuevo aún no nace.

UNA LARGA MARCHA HACIA LA BANCARROTA

Para situar el hecho en su exacta dimensión, el fin de la convertibilidad significa el fracaso del modelo económico y social aplicado, con avances y retrocesos, desde 1975, basado en la especulación financiera, la exportación de materias primas tradicionales y el endeudamiento externo.

Primero lo trató de hacer Celestino Rodrigo, efímero ministro de Economía de Isabel Perón y López Rega. Después, José Alfredo Martínez de Hoz, *manu militari*, intentó llevar a la práctica un proyecto basado en la internacionalización de la economía, las exportaciones agrícolas, una drástica concentración de la riqueza y el endeudamiento externo⁴.

Este esquema pretendió sustituir el pacto social y político impulsado por el general Perón, caracterizado por una

⁴ Seoane, María y Muleiro, Vicente. *El Dictador*, (Buenos Aires, Sudamericana, 2001), pág. 24.

alianza entre la clase obrera, los sindicatos y un sector de las Fuerzas Armadas, el cual privilegiaba el mercado interno, la industrialización, el Estado de bienestar y un fuerte gasto fiscal redistributivo, aunque con un marcado acento clientelístico, que favorecía a los sectores sociales y a las administraciones provinciales afines al Ejecutivo de turno.

Los errores del caudillismo peronista, basado en un populismo que repartía las enormes ganancias originadas en la venta de alimentos a la Europa hambrienta de la posguerra, no fueron corregidos sustancialmente por los regímenes civiles y militares que le sucedieron. El país siguió viviendo en la burbuja de la abundancia, cuando el viejo continente arrasaba tras su recuperación a las importaciones argentinas.

El Estado prebendario continuó distribuyendo privilegios, la democracia era apenas una esperanza utópica que emergía tras elecciones donde la proscripción del justicialismo daba origen a gobiernos débiles seguidos en corto tiempo del golpe clásico y la represión que no lograba evitar un nuevo desastre.

Nadie construyó instituciones fuertes, ni se preocupó de fundar consensos políticos sólidos que le dieran sustento a la república. El conflicto peronismo-antiperonismo cruzó a la sociedad argentina durante demasiados años y las contradicciones internas del Partido Justicialista dieron origen a un principio de guerra civil que derivó en la dictadura más sanguinaria de la historia argentina.

El talón de Aquiles de la administración radical fue el deterioro económico.

La derrota en las Islas Malvinas destruyó el poder político de las Fuerzas Armadas, que se habían convertido en el partido del orden ante la ausencia de una fuerza parlamentaria importante que representara a la gran burguesía⁵.

La democracia volvió en 1983. Esta vez no fue la exclusión forzada la que dejó fuera del gobierno al peronismo, sino que la ciudadanía prefirió al líder radical Raúl Alfonsín por sobre el agotamiento de la vieja guardia justicialista.

La transición avanzó gracias al renovado espíritu democrático del pueblo, los levantamientos militares fueron incapaces de alterar la Constitución y las terribles violaciones de los derechos humanos no quedaron sin castigo. Pero la necesaria renovación y fortalecimiento del Estado quedó nuevamente pendiente.

El talón de Aquiles de la administración radical fue el deterioro económico, que terminó con la hiperinflación de 1989. Los cambios producidos en el mundo a partir del proceso de globalización marcaron el término definitivo de la opción de crecimiento hacia adentro y la *apertura* hacia el exterior de la economía argentina.

El peronismo volvió en gloria y majestad al poder, transformando su antiguo discurso populista en la ortodoxia neoliberal de Domingo Cavallo. La nueva es-

⁵ Seoane, María y Muleiro, Vicente. *ob.cit.*, pág. 25.

trategia del ministro de Economía de Carlos Menem se apoyó en una política monetaria sustentada en la paridad 1 peso-1 dólar y el respaldo estricto del circulante con su equivalencia en la divisa norteamericana.

Tal diseño contempló la privatización de todas las empresas públicas, sin que el sector privado tuviera la capacidad de absorber la mano de obra desempleada, entre otras razones porque la regla cambiaria hizo poco competitivas a las exportaciones y el Estado se abstuvo de aplicar políticas de promoción y fomento, sacrificando el mercado interno sin una alternativa que lo reemplazara.

Este proceso de transformaciones económicas y sociales profundas que logró lo que no pudo hacer la última dictadura, es decir, desplegar por completo el esquema monetarista, con el apoyo del justicialismo y con la legitimidad aportada por el éxito histórico de haber acabado con la inflación, tampoco solucionó los problemas de fondo que afectan al Estado argentino desde sus orígenes y mantuvo la forma de hacer política, factores que tarde o temprano destruirían las bases del diseño que se pretendía aplicar.

Así, lo increíble fue superado por lo impresentable. Antes de su privatización, la petrolera estatal (YPF) era la única del mundo que arrojaba pérdidas. Después, los precios de la gasolina y de los servicios públicos eran de los más altos del planeta, se regían por la inflación de Estados Unidos cuando en Argentina era prácticamente inexistente, y los contratos se renegociaban todos los años, subiendo las tarifas y postergando las inversiones.

Lo increíble fue superado por lo impresentable.

Por otro lado, el aumento excesivo del gasto fiscal por motivos electorales y el alza desmedida de la deuda externa provocaron una creciente tensión con los organismos internacionales de crédito, ya que la fórmula para salir de la crisis contemplaba un recorte del déficit mediante la disminución del tamaño del Estado, lo cual chocaba con la manera tradicional de administrar los asuntos públicos.

De esta manera, el menemismo terminó a manos de la alianza entre la UCR y el Frepaso, una nueva fuerza de centro-izquierda. La coalición que llevó al poder a Fernando de la Rúa pronto demostró sus debilidades, ya que sólo se había unido para enfrentar la coyuntura electoral. Las diferencias al interior del gobierno y un presidente carente de los atributos del mando impidieron cumplir con las promesas de campaña, propuestas en el contexto de una reforma integral del sistema político y de la economía, concluyendo en otra frustración que precipitó lo que parece ser el fin del ciclo abierto por el golpe militar de 1930.

La administración aliancista nunca pudo salir del círculo vicioso recesión-baja de la recaudación tributaria-mayor déficit público-mayor costo financiero. La combinación de la moratoria de la deuda externa y el congelamiento de los depósitos provocó la furia de la clase media, que había sustentado hasta ese momento a la alianza de gobierno, dejando como única salida un acuerdo de unidad nacional, pro-

puesta que no fue aceptada por el peronismo, por lo cual el presidente De la Rúa tuvo que renunciar.

La combinación de la moratoria de la deuda externa y el congelamiento de los depósitos provocó la furia de la clase media.

Luego de la caída del mandatario radical, se hizo cargo del Ejecutivo el PJ. La principal fuerza política argentina demostró la profundidad de sus divisiones internas al dejar caer a tres presidentes provisionales, hasta que Eduardo Duhalde aceptó la primera magistratura, con el sustento de la provincia de Buenos Aires, la más poderosa del país.

El sistema político argentino colapsó, las instituciones no funcionan, los partidos ya casi no representan a nadie, el Estado es inoperante, el antiguo reparto de ganancias entre distintos grupos de la sociedad no tiene sustento ante la quiebra económica y no existe un proyecto alternativo integral que dé respuesta a los inmensos desafíos que debe enfrentar el país.

Ante la profundidad de la crisis, la gobernabilidad se mantiene sobre un precario mecanismo de coordinación entre el gobierno nacional y las provincias, parecido a la antigua estructura de la Confederación, es decir antes de 1880, puesto que al faltar la cohesión que impone un núcleo central fuerte, las entidades locales han construido un dispositivo de poder alrededor de ellas para administrar el país.

El desplome de la estructura de autoridad en la Argentina ha hecho cada vez más intolerable para la sociedad los altísimos niveles de corrupción que existen en la política nacional. Más aún cuando la ineficacia e ineficiencia de la clase dirigente le han restado casi por completo la confianza de la ciudadanía para representarla.

La actual ausencia de cohesión social ha hecho que los componentes de la sociedad argentina reclamen para sí el derecho a definir las reglas de convivencia. Según el economista radical Rodolfo Terragno⁶, estaríamos en medio de una revolución donde la gente utiliza la movilización y la protesta como instrumentos de lucha, para reformar en la práctica los organismos y procedimientos que estima agotados o erróneos.

Entre los sectores sociales que más se destacan está la golpeada clase media argentina, la cual ha perdido mucho de su poder pero mantiene su capacidad de hacerse oír y la Iglesia Católica, que es quizás la única institución a la cual se le reconoce alguna capacidad de convocatoria.

El pueblo delibera en asambleas, tomando decisiones de manera directa, y ocupando los espacios públicos por encima de un Estado de Derecho que ya no tiene la legitimidad suficiente para imponerse.

Sin embargo, la democracia continúa siendo la ideología dominante y la inmensa mayoría invoca sus principios como justificación para sus acciones. Ya que los militares perdieron su antiguo rol de “último recurso” para definir el conflicto político, las Fuerzas Armadas han demos-

⁶ Terragno, Rodolfo. Diario *Clarín*, (marzo de 2002).

trado su apego al orden constitucional, a pesar de pequeños grupos que insisten en la posibilidad de imponer una fórmula autoritaria si la amenaza de anarquía se hace realidad.

La democracia continúa siendo la ideología dominante y la mayoría invoca sus principios para justificar sus acciones.

Aunque los institutos armados no disimulan su malestar por los recortes que ha sufrido su presupuesto, están conscientes de los costos que pagarían por repetir experiencias del pasado y de la ausencia de una fuerza civil que les preste apoyo social y un proyecto político viable.

En este escenario, el gobierno de Eduardo Duhalde trata de mantenerse en el poder hasta el 2003 y de implementar un plan que ordene y reactive la economía posdevaluación. A pesar de la persistencia de la lucha entre dolarizadores y pesificadores, representantes del modelo anterior y del actual intento de imponer una estrategia de desarrollo que privilegie el mercado interno, el Ejecutivo intenta iniciar conversaciones con el Fondo Monetario Internacional para conseguir la ayuda financiera que tanto necesita.

El punto vuelve a ser la disminución del gasto fiscal, pero esta vez centrado en las provincias. Como el Ejecutivo nacional es débil, el acuerdo alcanzando con los gobernadores es insuficiente, ya que se

mantiene un esquema de reparto de los impuestos demasiado generoso para los entes provinciales, en virtud del cual se permite emitir bonos para pagarles a los empleados públicos y se les da un trato preferencial para el pago de sus deudas.

Por otro lado, aunque se logró la aprobación de un presupuesto 2002 de inédita austeridad⁷, el Fondo sigue renuente a reanudar los préstamos a la Argentina por razones prácticas e ideológicas.

Haciéndose eco de una antigua crítica republicana, el gobierno del presidente Bush concluyó que el rescate de las economías en crisis no debía ser casi automático, como había sucedido con México, Rusia y Turquía, ya que los países debían pagar las consecuencias de sus errores y corregirlos antes de recibir ayuda.

Por esta razón, en su condición de mayor contribuyente, el Tesoro norteamericano ha puesto una serie de condiciones para que el Fondo Monetario libere recursos. Entre las demandas prácticas se encuentra la necesidad de terminar con el llamado "corralito financiero", ya que avalar este esquema sería convalidar una verdadera expropiación de los fondos de los ahorrantes.

Por otro lado, las estimaciones de crecimiento, déficit e inflación para este año son poco creíbles, ya que se estima una caída del PBI de 5%, un alza del costo de vida del 15% y un déficit de 3 mil millones de pesos⁸, lo cual a la luz del comportamiento de la economía resulta por completo imposible. Además, la resistencia de los gobernadores ha impedido realizar las

⁷ Honorable Senado de la Nación Argentina. *Presupuesto 2002*, (www.senado.gov.ar).

⁸ Honorable Senado de la Nación Argentina, *ob. cit.*

enmiendas que el Fondo estima imprescindibles.

De cualquier forma, los avances logrados por el gobierno de transición deben ser entendidos como aproximaciones dentro de un diseño armado con mucho esfuerzo, sin tener muy claro el futuro y con una gran nostalgia del pasado.

Los avances del gobierno de transición deben entenderse como aproximaciones.

Duhalde pretende que Argentina maneje todas sus variables macroeconómicas sin un pie forzado como era la convertibilidad, en el contexto de una especie de industrialismo al estilo brasilero, cuyas principales variables aún no están claras, como tampoco lo está la voluntad de transformar la política.

Se supone que en la medida en que este experimento resulte o sea reemplazado por otro, podrá consolidarse un nuevo pacto social que sustente la refundación del Estado, redefiniendo el rol de los actores sociales. En todo caso, por ahora no existe un proyecto de país y las fuerzas políticas tradicionales han demostrado su incapacidad para impulsar alternativas viables.

LAS TAREAS PENDIENTES Y LOS FUTUROS POSIBLES

Los desafíos de la hora presente son inmensos. Antes que todo se requiere acumular la fuerza política y social suficiente

para refundar el Estado. ¿Pero qué tipo de Estado? Si eso no está claro es imposible acometer una tarea gigantesca como ésa. Porque no se trata sólo de modernizar el aparato público, es definir las reglas del juego a partir de un proyecto de convivencia futura, es construir ciertos consensos mínimos que hagan posible el desarrollo.

Una sociedad no puede vivir inmersa en un proceso de disolución permanente. Si desde dentro no se puede, si fracasa incluso la variante autoritaria, desde fuera se impondrá algún modelo. Es lo que ha pasado ya, en parte, en algunas etapas de la historia reciente de la Argentina. Aunque eso tampoco basta.

No se puede hacer ningún cambio sin una renovación profunda de la clase política. Recobrar la capacidad de representación es fundamental para conformar un nuevo sistema de partidos, ya que tanto el radicalismo como el peronismo están inmersos en una crisis terminal. La UCR ya no representa a más del 2% del electorado y el PJ se ha convertido en una federación de grupos antagónicos que se mantienen unidos por el ansia de poder que tienen sus dirigentes.

Las prácticas políticas del pasado están obsoletas y han sido repudiadas por la gente. Esto requiere de una transformación cultural de por sí compleja, por lo que su puesta en práctica será lenta, aunque los acontecimientos vividos en el último tiempo indican que ya comenzó.

Desde el punto de vista estructural, uno de los temas más importantes es la constitución de un nuevo federalismo. En primer lugar, las provincias han sido gobernadas como verdaderos feudos, más

personales que políticos, consiguiendo del gobierno central aquello que necesitaban mediante alianzas. De esta forma, los caciques locales establecieron una relación clientelística con los líderes nacionales, en un cuadro de mucha movilidad social que caracterizó a la política argentina de la segunda mitad del siglo XX.

No de otra manera se explica que haya llegado a la primera magistratura de la Nación un hijo de inmigrante sirio como Carlos Menem, gobernador de una pequeña provincia del norte del país. Su familia es la dueña del peronismo de la zona, mezclando poder político y económico al igual que la gran mayoría de la dirigencia local del resto de la Argentina. Los ejemplos se multiplican: los Saadi, los Rodríguez Saa, los Romero Feris, los Sapag y tantos otros que administran sus provincias como verdaderos señores y que repartían granjerías, sobre todo en el aparato público, cuando las condiciones lo permitían.

Efectivamente, cuando las ganancias abundaban a nadie le faltaba, por último, un puesto en el Estado. Pero la crisis cortó violentamente la riqueza que manaba de los negocios públicos y la triste realidad quedó al descubierto. Muchas provincias son económicamente inviables, salvo las más favorecidas de la pampa húmeda y las petroleras de la Patagonia. Se requiere una drástica reingeniería que diseñe nuevas unidades territoriales sustentables, oriente su producción, permita el acceso a mercados y distribuya costos y beneficios.

Si se observan el aparato público y las instituciones de la democracia, se encuentra una hiperinflación de organismos

e instancias, con sus respectivas multitudes de funcionarios, muchos de los cuales no trabajan, con el consiguiente gasto que debilita el erario nacional.

En el aparato público y las instituciones de la democracia hay hiperinflación de organismos e instancias.

Asimismo, la reorganización del Estado incluye fortalecer sustantivamente la capacidad de recaudar impuestos, pero eso implica también un cambio cultural y, sobre todo, un aparato público que ofrezca servicios de buena calidad para que las personas sepan que su dinero se invierte de manera adecuada.

El Fondo Monetario Internacional exige la corrección de estos vicios. Y tiene razón, pero ello no se puede hacer de la noche a la mañana y con un gobierno de transición débil como el actual. Se trata de un proceso y, por ahora, debería bastar con algunas señales claras y decididas.

Por su parte, retomar el crecimiento es una obligación vital. El Ejecutivo trata de salir del pozo, aunque aún no puede superar la emergencia y todavía está en juego el modelo. Es básico el papel de los actores internacionales para definir si el futuro tiene más que ver con un nuevo ajuste liberal-conservador, del que ya se conoce muy bien cuáles son sus resultados, o se consolida una especie de industrialismo globalizado, que consiga poner de pie a la producción y el trabajo en Argentina, en el contexto del mundo del siglo XXI.

¿Cuál será el futuro de la Argentina? Tratando de hacer un poco de prospectiva, proponemos los siguientes escenarios posibles:

a) Si el gobierno de transición tiene éxito, a lo menos en iniciar un proceso de estabilización y una tímida reactivación, podrá cumplir con su período completo o adelantar, sin traumas, en algunos meses las elecciones.

Esto depende de la salida más o menos rápida de la parte más aguda de la crisis, es decir: equilibrio en los índices económicos más importantes, ayuda financiera y flexibilización sustantiva del corralito. Condiciones nada de fáciles cuando no existen tasas de referencia que ofrezcan una alternativa al dólar, ni un sistema bancario que dé confianza a los ahorrantes. Tampoco puede esperarse una ayuda pronta del Fondo Monetario y todas las opciones que se manejan proyectan una recesión aún más dura.

b) Si la administración duhaldista fracasa en sostener el precio de la divisa norteamericana, se desata una hiperinflación, se mantiene inalterable la retención de los depósitos, aumentan considerablemente el desempleo y la protesta social, y la ayuda internacional no llega, el Ejecutivo se vería obligado a cambiar de plan, ajustando de manera radical el gasto o pasando a depender sólo de sus propios ingresos.

Tal situación obligaría a un adelanto de las elecciones, las cuales podrían enfrentar un cuadro de deslegitimación generalizada de las distintas candidaturas, si la abstención, los votos nulos y los blancos llegan a cifras superiores al 50%.

La alternativa al programa duhaldista es la dolarización o una refundación completa del Estado.

La alternativa al programa duhaldista es la dolarización o una refundación completa del Estado, para lo cual no existe fuerza organizada suficiente. La dolarización profundizaría la recesión, chocaría con los intereses provinciales y causarían una agudización de la protesta social, sin que existan condiciones para una represión generalizada.

c) Golpe cívico-militar. Una opción como ésta requeriría de la voluntad mayoritaria de las Fuerzas Armadas y de un sector poderoso de la civilidad, dispuestos a aplicar a fondo la fuerza y a soportar el aislamiento internacional. El ajuste extremo del gasto fiscal y la dolarización no cuentan con el apoyo mayoritario y la democracia sigue siendo el régimen preferido por los argentinos, por lo que tal situación podría derivar en un enfrentamiento civil en el que los militares no están dispuestos a participar.

Finalmente, las preguntas que surgen de la crisis argentina tienen que ver con la refundación del Estado, la formación de un nuevo sistema político y la puesta en práctica de un modelo económico que estimule el crecimiento y la equidad social. A juicio del analista, las respuestas parecen obvias, pero la dinámica social, la cultura política y la correlación de fuerzas indican que la realidad se caracteriza más por la ausencia que por la diversidad de opiniones.